

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

15 de noviembre de 1890

Núm. 159



LA MERIENDA

UN RATO DE CHARLA

DE nuevo se me presenta ocasión de registrar uno de esos hechos que un ilustre amigo mío intitularía *Historias vulgares*, y que, en medio de su aparente insignificancia, encierran una terribilísima lección, muy buena para aprovechada por vosotros.

El caso es este: hallándose vacante en cierto establecimiento de cierta capital (medio recreativo, medio instructivo) una plaza de conserje dotada con cuatro ó cinco mil reales, se han presentado nada menos que *cien* aspirantes, entre cuyo número figuran dos médicos y tres abogados.

—¡Y para eso me he puesto corbata blanca!—podrían decir los susodichos licenciados ó doctores.

Como *sintoma*, no cabe negar que el tal sucedido es de los más *elocuentes* que pueden darse.

Bueno: vamos á ver ahora de qué enfermedad es sintomático ese centenar de aspirantes á una plaza de cuatro ó cinco mil reales solicitada por cinco personas con título académico.

Eso quiere decir que, habiendo dinero en España (y lo hay: ¿qué duda tiene?), ese dinero está mal empleado.

Con los capitales aportados al Gobierno, con el dinero invertido en comprar *papel del Estado*, podrían hacerse infinidad de cosas que no se hacen: podríamos amueblar regularmente nuestro país, ahora tan destartalado, y se abrirían caminos á la actividad de los jóvenes, cosas todas hoy de imposible realización.

El mal viene de lejos. Es un vicio español inveterado, pero que es preciso curar... y se curará. Peor cuanto más se tarde.

Eso viene del tiempo de Carlos V. El emperador, siempre sin un cuarto, se agarraba á un clavo ardiendo para hacerse con dinero. Los que hasta entonces habían sido negociantes aprovecharon la ocasión para hacerse prestamistas, y cualquiera que tuviese cuatro ducados los invertía en comprarse una renta sobre los ingresos reales y á consolidarla en la cabeza de sus hijos fundando un mayorazgo.

Pronto no hubo quien quisiera comerciar ni trabajar. ¿Qué más ventajosa colocación de un capital que colocar el dinero á rédito en las arcas del Gobierno? Resultado: que todo el comercio fué á parar á manos de los extranjeros, y que nuestros antepasa-



Los flamencos

nor, de 22 pies, 8 pulgadas, sin la corteza. El número menor de capas ha sido de 1,260.

En 1862 una tempestad volteó uno de estos maravillosos árboles, el *Hércules*. Tenía 285 pies de altura y 14 de diámetro por 25 pies de base. Su edad se calcula en 1,232 años.

El *Leviathan*, cuya edad se calcula en 4,000 años, tenía 300 pies de altura, y, por 6 pies de elevación, 18 de diámetro. Según el botánico, tiene próximamente 1,500 años de existencia.

Los troncos de otras *requivias* subsisten en el mismo paraje. Se han agujereado, y en sus cavidades pueden guarecerse de 20 á 30 caballos. Su edad no excede de 1,500 años.

*
**

Estudiando M. Bertin las poblaciones antiguas de la Caldea en los monumentos asirios y babilónicos, ha creído distinguir en ellos cuatro razas principales: la más antigua, autóctona, de un tipo inferior, se habría difundido por toda la Europa occidental bajo el nombre de *turanios*, *iberos*, *ligures*, etc.; después viene una raza semítica en el idioma, pero no en sus caracteres, originaria del Africa, que se fijó en la Arabia Petrea, donde adquirió sus caracteres definitivos y cuyos descendientes deben buscarse hoy entre los árabes, á los cuales M. Bertin da el nombre de *Sinacta*; la tercera es la de los acadios ó garianos, hoy extinguida completamente en opinión de este escritor, pero en la que M. Topinard cree reconocer la sangre aria; y, por fin, la raza armenia. La mezcla de estas cuatro razas, á la que se debe añadir la raza negra, es la que ha sido origen de los tipos difundidos por el vasto imperio babilónico, en el cual ni aun los judíos pueden ufanarse de presentar la pureza de raza. Distínguense perfectamente los dos tipos: uno superior debido al predominio de la raza armenia; y otro inferior, procedente de la mezcla con las tribus locales de Palestina y de los negros de Egipto.

A. OZORES

LOS ASILADOS

El entierro era lujosísimo.

El pequeño ataúd blanco, coronado de flores blancas también, fué bajado entre cuatro niños desde la estancia ardiente al coche fúnebre que aguardaba en la puerta de la calle para conducir á la última morada á la difuntita.

Algunos curiosos se habían parado á contemplar la comitiva, atraídos por lo distinguido de ella.



Pastoral

Formados de dos en dos en irreprochable fila, aguardaban en la acera el momento de partir las niñas y niños del hospicio, consagrado á recoger en su seno á los niños abandonados de sus padres ó hijos de familias pobres.

Cada uno de ellos llevaba un cirio encendido, y en sus caritas, graves y ce-



LA ALEGRÍA DE LA CASA



TRAGÓ EL ANZUELO

jijuntas, se veía claramente que estaban aleccionados para casos como el que nos ocupa. Y digo aleccionados porque el que estas líneas os dedica, siempre ha tenido bien presente que hasta los doce años sólo se está contrito y pesaroso realmente por cosas que nos atañen, jamás por las que puedan afligir á nuestros semejantes. A tal edad todo es de color de rosa á nuestros ojos, y la misma inocencia nos impide medir el alcance del infortunio ajeno.

Prueba patente de lo antedicho lo es el que alguno de los pequeñines, olvidando el encargo de las madres que les acompañaban para custodiarles, en vez de permanecer quieto en el sitio que le correspondía en la ruta, jugaba con sus compañeros, haciendo muñecas con la cera que chorreaba de los cirios.

Cuando la blanca caja que encerraba los restos mortales de una niña estuvo colocada sobre el coche y adornado éste con multitud de coronas, algunas hechas de rosas blancas naturales, la comitiva, al frente de la cual marchaba la cruz de la parroquia conducida por grave y viejo crucero, á cuyos lados (derecha é izquierda) caminaban dos monaguillos llevando dorados blandones, se puso en marcha.

Detrás iban siempre, en correcta fila formados, los niños y niñas del asilo de pobres.

Entre las niñas iba una que, por lo grave de su carita y lo acompasado de su andar, parecía toda una viejecita de diez años.

Entre los niños y precisamente formando paralelo con la mencionada asiladita, iba uno también que contaría á lo sumo once años. En su rostro picaresco, sus movimientos nerviosos y su incesante apagar y encender el cirio, que no podía tener quieto, adivinábase la precocidad.

Los dos camaradas, niño y niña, se miraron más de una vez durante el rato que permanecieron en la acera de la casa donde habitó la que en aquellos momentos acompañaban á su última morada.

Una vez en marcha, Blanca y Ernesto, que así se llamaban los muchachos, tornaron á mirarse.

En los ojos de la niña había indescriptible ternura; en los del muchacho vivacidad y simpatía.

Al fin cruzaron algunas palabras.

—Parece que estás triste,—le dijo Ernesto.

—Lo estoy,—contestó Blanca.

—¿Por qué?

—Porque ha muerto una niñita.

—Y ¿qué importa eso? Tú, en cambio, vives.

—Sí, pero ella será más feliz.

—¿Tienes envidia á los muertos?

—Sí.

—Es extraño.

—Ellos son felices.

—Más lo son los vivos.

—Te equivocas, hermanito.

—¿Por qué?

—Porque no hay dicha mayor que ir al cielo á jugar con los ángeles.

Ernesto calló.

Blanca puso unos ojitos muy tristes, mucho.

Parecía que iba á llorar.

Cuando la comitiva subió á los carruajes al llegar á las afueras de la ciudad, los asilados apagaron los cirios y emprendieron el camino de su hospitalario domicilio, alzado por la caridad.

Al separarse Blanca y Ernesto, dijo la primera al segundo:

—Pronto iré yo á ver á los ángeles.

—Y ¿qué sabes tú?—contestó el muchacho sonriendo.

—Ya lo verás.

.....
Dos semanas después Blanca era acompañada por sus compañeras al cementerio.

El que ama el peligro, en él perece, dice el Evangelio.

Blanca había muerto de nostalgia del cielo, y, como un ángel, desplegó sus alas para volar á la gloria, donde la esperaban sus hermanos.

Ernesto, desde entonces, perdió su vivacidad y alegría y sacó como consecuencia de la muerte de Blanca que es peligroso amar con delirio lo que puede causarnos la muerte y que los ángeles no pueden tener mucho tiempo por mansión este valle de lágrimas.

LUIS DE VAL

UNA VISION

EN una solitaria aldea de la Mancha habité un corto espacio de tiempo admirando las múltiples bellezas de la tierra de D. Quijote. Los sentimientos poéticos que despertaban en mi alma la brisa matinal y el dulce cantar de los ruiseñores en las verdes hojas de la campiña, que se mecían á impulsos de un agradable y oloroso ambiente, acrecentaban más mi amor á la soledad, que es la verdadera inspiración del poeta.

Una de las muchas noches que salí á distraer el pensamiento oyendo las melancólicas notas del tímido arroyuelo, pude admirar una creación divina, hija más bien del Todopoderoso que de mi imaginación, nunca fantástica y visionaria.

Crucé un espeso bosque, donde se hallaba reconcentrada toda la poesía que pueden mis lectores imaginarse, pues en aquella compacta masa de árbo-

les admiraba las luces que despedían las alas de los animales luminosos, y veía relumbrar los resplandecientes rayos de la luna, cuya luz llegaba hasta la verde alfombra que estaba cubierta de gotas de rocío, entre la separación de algunos árboles, semejando á un tapiz todo bordado de diamantes. ¡Qué emoción, queridos camaradas!

Lo apacible de la noche impulsaba á mi corazón á seguir adelante. Este impulso era presagio de presenciar alguna cosa extraordinaria, y, siguiendo adelante, llegué á una gran extensión donde se veían las fachadas de algunas casas, todas tranquilas, cuyos moradores debían estar reposando en el trono de Morfeo.

Aquel era el sitio donde se hallaba reconcentrado el numen divino que me había inspirado para llegar hasta allí, y, notablemente alentado, llegué á una de las ventanas bajas que mejor que todas distinguí, y pude admirar el siguiente cuadro, tan duro como desgarrador.

Penetraba un rayo de luna por la ventana, cuyo reflejo hacía ver una habitación modesta y la dolorosa cara de una madre infeliz que observaba todos los movimientos de un hijo de su alma que había bajado al mundo y estaba acabando de sufrir un corto destierro en esta vida.

¡Cuán feliz era!

La opaca y pequeña luz de una lamparilla auxiliaba débilmente al puro rayo de la luna para alumbrar aquella triste estancia. Cada suspiro del niño era un chisporroteo de la mariposa que había en la lámpara, cuya vida era ya tan corta como la de aquel hijo que subía para siempre á la mansión celestial.

De pronto la luna se nubló. La luz de la lamparilla chisporroteó por última vez, y en aquella oscuridad vi entre confusas nubes un alma que subía al cielo y una madre que cubría de besos el cuerpo helado de aquel pedazo de su alma.

J. SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

NUESTROS GRABADOS

LA MERIENDA

No es sólo muy bonita esa escena, sino que sugiere también hondas reflexiones sobre la santidad y la dulzura de la familia. Tierno es, en efecto, el espectáculo que ofrece esa humilde prole, que encuentra, ya que no succulentos manjares, el mayor cariño en su pobre madre y en la mayorcita.

LOS FLAMENCOS

Estos hermosos animales, de plumaje blanco y rosa, son uno de los encantos de muchos jardines públicos, abundando bastante en Andalucía. Viven en



¡Buen tronco!

estado natural á orillas de los ríos y lagunas, como la generalidad de los zancudos.

PASTORAL

Unos cuantos carneros; amplios horizontes; un río; una cabaña; aire, verdor, frescura: con eso se hace un paisaje que ofrece todo el interés del más tremebundo cuadro lleno de cadáveres.

LA ALEGRÍA DE LA CASA

Como se ve, trátase de una casa grande: todo es oro y seda en aquella suntuosa morada; todo el mundo va vestido de encajes; en fin, no falta nada. Pero ciertamente que lo mejor de todo son esos niños tan bonitos.

TRAGÓ EL ANZUELO

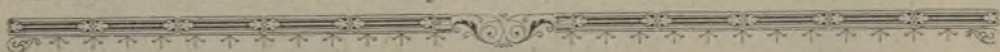
La niña ha sido afortunada en la pesca, no cabiendo duda que comerá con más apetito ese pescadito capturado por ella que no la más rica merluza que comprase en la plaza la criada.

¡BUEN TRONCO!

Esos borricos se avienen de muy buen grado á servir de bestias de tiro. Digamos con el latino: *¡Oh homines, ad servitudinem paratos!*

LA VERDADERA DICHA

Un interior de labradores. El padre y la madre, gente de bien á carta cabal, se deleitan viendo dar los primeros pasos á la chiquitina. ¡Cuánta apacibilidad en esa humilde vivienda y cuánta dicha en esos corazones sencillos!



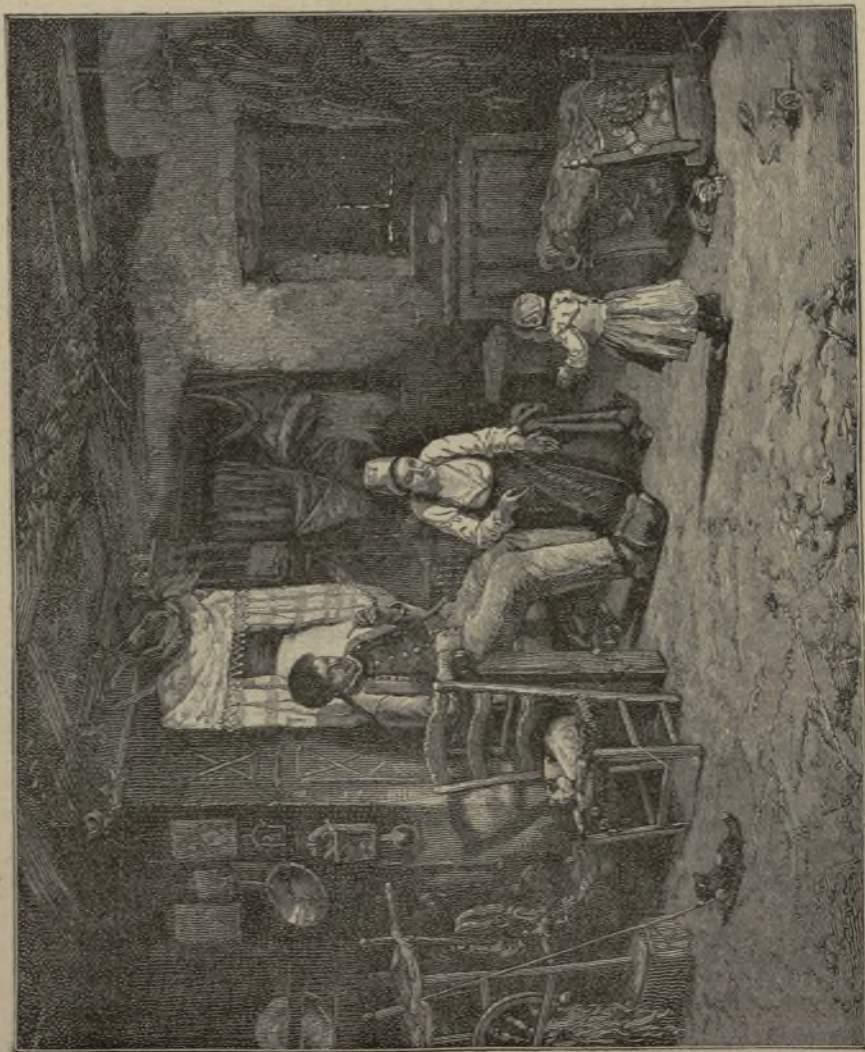
LA PASTORA DE OCAS

(Continuación)

El conde estuvo tres días perdido en la soledad antes de poder encontrar su camino. Por fin llegó á una gran ciudad, y, como nadie le conocía, se hizo conducir al palacio del rey, donde el príncipe y su mujer estaban sentados en su trono. El conde dobló la rodilla en tierra, sacó de su bolsillo la cajita de esmeralda y la rindió á los pies de la reina. Ella le mandó que se levantara y él le presentó la cajita. Pero apenas la hubo abierto y mirado dentro, cayó en tierra como muerta. El conde fué cogido por los servidores del rey é iban á meterle en la cárcel, cuando la reina abrió los ojos y ordenó que se le dejase libre y que saliesen todos, porque quería hablarle en secreto.

Cuando la reina estuvo sola se puso á llorar amargamente, y dijo:

—¿De qué me sirven el brillo y los honores que me rodean? Todas las mañanas me despierto llena de cuidados y de aflicción. He tenido tres hijas, la más joven de las cuales era tan bella que todo el mundo la miraba como una



La verdadera dicha

maravilla. Era blanca como la nieve, sonrosada como la flor del manzano y sus cabellos brillaban como los rayos del sol. Cuando lloraba, no eran lágrimas lo que caía de sus ojos, sino perlas y piedras preciosas. Cuando hubo llegado á los quince años, el rey mandó comparecer á las tres hijas ante su trono. Había que ver cómo abrían los ojos los presentes así que entró la más joven: parecía que se asistiese á la salida del sol. El rey dijo:

—Hijas mías, no sé cuándo llegará mi último instante: quiero arreglar desde hoy lo que cada una de vosotras recibirá después de mi muerte. Las tres me queréis, pero la que me quiera más de entre vosotras recibirá la mejor parte.

Cada una dijo que era ella la que quería más á su padre.

—¿No podríais,—dijo el rey,—expresarme cuanto me amáis? Así sabría cuáles son vuestros sentimientos.

La mayor dijo:

—Yo amo á mi padre como al azúcar más delicioso.

La segunda:

—Yo amo á mi padre como al traje más hermoso.

Pero la menor guardó silencio.

—¿Y tú?—le dijo su padre.—¿Cómo me quieres tú?

—Yo no sé,—respondió ella,—y no puedo comparar mi amor con nada.

Pero el padre insistió para que designase un objeto. Por fin dijo ella:

—El mejor manjar no tiene gusto para mí sin sal. Pues bien: amo á mi padre como á la sal.

Cuando el rey oyó esto montó en cólera y dijo:

—Puesto que me amas como á la sal, con sal recompensaré tu amor.

Repartió su reino entre las dos mayores, pero para la más joven le hizo atar un saco de sal á la espalda y dos criados recibieron orden de conducirla á un bosque virgen.

Todos hemos llorado y rogado por ella,—dijo la reina,—pero no ha habido medio de aplacar la cólera del rey. ¡Cuánto he llorado cuando ha sido menester dejarnos! Todo el camino ha quedado sembrado de perlas que caían de sus ojos. El rey no ha tardado en arrepentirse de su dureza y ha hecho buscar á la pobre por todo el bosque, pero nadie ha podido hallarla. Cuando pienso que las fieras la han devorado tal vez, no puedo contener mi tristeza. A menudo me consuelo con la esperanza de que vive aún, que se ha ocultado en alguna caverna ó que ha encontrado un albergue en casa de alguna caritativa familia. Pero imaginad que cuando he abierto vuestra cajita de esmeralda, encerraba una perla semejante del todo á las que corrían de los ojos de mi hija, y podréis comprender cuánto se ha enternecido mi corazón á tal vista. Menester es que me digáis cómo habéis llegado á poseer esta perla.—

El conde le manifestó que la había recibido de la vieja del bosque, que le había parecido que tenía algo extraño y debía de ser bruja, pero que no había visto ni oído nada que se refiriese á su hija. El rey y la reina resolvieron ir á encontrar á la vieja: pensaban que allí donde se había encontrado la perla obtendrían noticias de su hija.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: ^{Ascha de San Bernardo,} 38, principal, MADRID.—Ramón Molinax: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA